

| Entre el asfalto y el cielo |

V concurso de relato breve sobre la bicicleta

Semana del 18 al 24 de mayo de 2015

Balanceé las piernas suspendiéndolas en el vacío, igual que haría un niño pequeño desde su trona. Me quité el casco y afiancé el cinto que me unía al arnés de seguridad. Sólo tenía veinte minutos de descanso para reflexionar sobre mi última decisión.

Bajo la suela de mis botas se deslizaban a derecha e izquierda los cascos de muchas personas en bicicleta. La Avenida era larga y desaparecían de mi vista perdiéndose en un horizonte difuso en el que se entrelazaban los raíles del tranvía con las calzadas de los vehículos a motor. Saqué una galleta que me había sobrado del desayuno y me dispuse a quitarle el papel metalizado. Eran las galletas que Lidia solía traer de la cafetería en la que trabajaba. Aquel día se levantó más enfadada que ningún otro y me dijo que por la tarde quería todas mis cosas fuera de los armarios, que hiciera las maletas y me largara de una vez.

Arrojé el papel en una atmósfera densa entre diferentes tonos de gris y por un instante observé cómo flotaba elevándose hacia arriba. Pensé en si mi cuerpo podría experimentar esa ausencia de gravedad fingida, si sería capaz de ascender por encima de las ligaduras que me ataban a una realidad no deseada. Que Lidia no me amaba, era un hecho. Que yo la amaba a ella, una ocurrencia de mi destino de la que no sabía escapar.

El envoltorio se acunó en el aire con una parsimonia cansina, como si su lento descenso fuera el antónimo del mío propio. Vi cómo caía en el cesto de una bicicleta. Una chica de pelo largo frenó y lo cogió para examinarlo. Miró hacia arriba y yo la saludé con la mano. Después prosiguió su camino hacia la confusión de carriles circundados por varias hileras de árboles. Desde allí arriba podía apreciar un bosque urbano en mitad de un caos ordenado.

Habían transcurrido diez minutos y decidí que ya iba siendo la hora. Una gota de sudor frío resbaló sobre mi ceja. Solté el arnés y extraje una nueva galleta del bolsillo del pantalón. El casco lo dejé sobre el andamio junto a un par de cartas que había escrito en esos últimos días. Estaba convencido de que el jefe de Lidia era el causante de que ella se hubiera distanciado tanto de mí. Aún dudaba de la sinceridad con la que ella respondía a mis preguntas. Todos los días traía a casa una caja de galletas, el pelo revuelto y

los labios sin perfilar. Yo los imaginaba despidiéndose con un beso, él prometiéndole una vida más cómoda y ella contándole que mis trabajos temporales no nos permitían ni salir a cenar una vez al mes.

Volví a arrojar el papel, esta vez con un trozo de galleta dentro para ver cómo caía más deprisa. Debí ser mi día de suerte porque esta vez acerté de pleno en el casco de otra mujer. Ella giró la cabeza hacia arriba sin detenerse en su pedaleo y yo tuve la oportunidad de despedirme por segunda vez en tan corto espacio de tiempo.

Balanceé con fuerza los pies, como si intentará pedalear en el aire. Me palpé los bolsillos plastones del buzo y saqué todas las galletas que me quedaban. Las metí en el casco y probé a ver cómo caía sobre el carrilbici. Elegí el momento adecuado, calculé el tiempo de caída aproximado y lo arrojé justo cuando más bicicletas podían ocultar las suelas de mis botas. Oí el estruendo del plástico al rebotar y vi las galletitas saltar por los aires. Todos se bajaron de sus bicicletas y algunos recogieron las galletas. Un niño se colocó el casco rajado por la mitad en la cabeza y señaló hacia arriba. Una adolescente gritó: *“Papá ¿se te han caído estas cosas a ti?”*, y contestó Rafa, que estaba dos alturas por encima mío, mientras yo pensaba en qué decisión hubiera tomado si hubiésemos tenido hijos. *“Manu, ¿estás bien?”*, me preguntó Rafa, *“¡espérame quieto!, bajo ahora mismo porque quería pedirte un favor”*.

Rafa me pidió que arreglara la bici de su crío más pequeño. Él no era tan manitas como yo y la bicicleta que había usado su otra hija, la adolescente que emprendía un vuelo rápido hacia las universidades bajo mis pies, necesitaba una revisión a fondo de los frenos. Quise decirle que no sería posible, pero él siguió hablando, y me preguntó que si me apuntaba los domingos a pedalear un rato hasta el pantano, que solía salir con Miguel y Josu, y que luego se comían unos huevos fritos con jamón en el bar de Rosi. Después enmudeció y se quedó mirándome fijamente, igual que si viera un espectro. *“¿Pero qué cojones haces sin el arnés?”*, me preguntó al tiempo que me enganchara el cinto con la destreza de quien se ha pasado media vida suspendido de una cuerda. Y al hacerlo resbaló con mis cartas postrándose de rodillas a mi lado mientras una parte de mi vida, estampada con caligrafía de un obrero sin estudios, planeaba delante nuestro antes de precipitarse al pentagrama de carriles y notas de colores que se dibujaba en el asfalto abrasador.

FIN